
Bendición de la edad

Un mensaje pastoral sobre el envejecimiento en la comunidad de fe

Introducción

Hay un tiempo para cada cosa, y un momento para hacerla bajo el cielo. (Ecle 3:1)

La entrada en la tercera edad ha de considerarse como un privilegio; y no sólo porque no todos tienen la suerte de alcanzar esta meta, sino también y sobre todo porque éste es el período de las posibilidades concretas de volver a considerar mejor el pasado, de conocer y vivir más profundamente el misterio pascual, de convertirse en ejemplo en la Iglesia para todo el pueblo de Dios.¹ (Su Santidad Juan Pablo II)

Estamos encarando una situación sin precedentes en los Estados Unidos. Al inicio del siglo XX, una de cada veinticinco personas en Estados Unidos tenía 65 años o más. Hoy, uno de cada ocho –un total de 33.2 millones de estadounidenses– tiene por lo menos 65 años. Una persona que alcanza los 65 años puede vivir unos diecisiete años más; y muchos viven mucho más allá de ese promedio.²

Tanto la sociedad como la Iglesia apenas empiezan a esforzarse por resolver las implicaciones de la situación social, económica y espiritual del rápido crecimiento de este grupo humano. Bajo el tema "Una sociedad para todas las edades", las Naciones Unidas ha designado el año de 1999 como el "Año Internacional de las Personas de Edad". El Vaticano, en su propia contribución al Año Internacional, urge a los católicos que hagan un compromiso nuevo, no sólo de cuidar a las personas de edad, sino también a aprender de ellas.³ Y recientemente, el Papa Juan Pablo II ha ofrecido su reflexión personal sobre el envejecimiento.⁴

Inspirados por este desafío, nosotros, los obispos católicos de Estados Unidos, ofrecemos esta reflexión sobre el envejecimiento en la comunidad de fe.

Lo hacemos con una gratitud profunda por las muchas maneras en que los católicos de edad, devotos y generosos, han construido –y aún construyen– la Iglesia.

Escribimos como aprendices que, junto a otras personas de edad, exploran el período que algunos han llamado la "tercera edad".⁵ Aprendemos de los muchos legados culturales de nuestra gente de edad. Sus variadas costumbres, tradiciones y contribuciones enriquecen enormemente a la Iglesia.

Escribimos como pastores que aprecian a la persona en todos sus aspectos, con sus dones y talentos, y sus límites y vulnerabilidad. Nos mantenemos firmes en la oposición a la eutanasia, al suicidio asistido y a todo lo que amenace la dignidad y el carácter sacrosanto de la vida humana.

En esta declaración nos dirigimos a toda la comunidad de fe, pero dirigimos una palabra especial a (1) las personas de edad, (2) a las personas que las cuidan, (3) a la comunidad parroquial: párrocos, personal, voluntarios, y a todos los fieles, y (4) a los jóvenes adultos.

Nuestro propósito

- Afirmar y desafiar a las personas de edad, reconociendo en ellas las bendiciones y las pérdidas de la vida avanzada y reconociendo que la interdependencia, no la independencia, es un valor auténticamente evangélico
- Formar una perspectiva nueva que considere a las personas de edad como participantes activos contribuyendo a la vida y misión de la Iglesia, y que responda a las necesidades espirituales de sus miembros
- Desarrollar estructuras, especialmente en parroquias, que motiven y faciliten las contribuciones de las personas de edad.

Todos nosotros estamos creciendo en edad, no solamente como individuos sino como miembros de una comunidad de fe. El crecimiento espiritual de las personas de edad es afectado por la comunidad y afecta a la comunidad. El hecho de entrar en la edad avanzada exige la atención de toda la Iglesia. La manera en que la comunidad de fe se relacione con las personas de edad que forman parte de su comunidad –reconociendo su presencia, motivando sus contribuciones, respondiendo a sus necesidades, y proveyendo oportunidades apropiadas para su crecimiento espiritual– es un signo de la salud y madurez espiritual de la comunidad.

Lo saciaré de días numerosos...(Sal 91:16)

Expertos en cuestiones de envejecimiento hablan con frecuencia de tres fases de la edad avanzada, que corresponden a las edades (1) 65-74, (2) 75-84, y (3) 85 años y más. Para el 2030, cerca de setenta millones de estadounidenses, el 20 por ciento de la población, serán mayores de 65 años. El número de personas de edad en algunas poblaciones étnicas se incrementará en un promedio más alto. Muchas personas de edad exclaman, "Nunca espero vivir tanto tiempo".

Nuestra sociedad está envejeciendo. No obstante, la sociedad aún valora la juventud más que la edad, el hacer más que el ser, el individualismo por sobre el bien común, la independencia más que la interdependencia. Los estereotipos sobre el envejecimiento persisten aún, a pesar del creciente número de personas de edad saludables y activas en nuestras parroquias. Es muy significativo que tres de cada cuatro personas entre las edades de 65 a 74 años y dos en tres de esos que tienen 75 años o más dicen que su salud es buena o excelente. Aunque las personas de edad varían en sus habilidades, salud y bienestar emocional, no es cierto que el envejecimiento es un período de declinación inexorable y de aislamiento de la sociedad como se percibe generalmente.

La situación actual no tiene precedente. El alto número de personas mayores así como su vitalidad, su longevidad y su propio deseo de contribuir algo a la Iglesia y a la sociedad, nos impela a desarrollar nuevas respuestas pastorales. Las respuestas anteriores que veían a las personas de edad solamente como recipientes de servicios, no son adecuadas.

Ahora nos dirigimos a grupos específicos de la comunidad de fe.

Las personas de edad

El justo crecerá como una palmera, se alzaré como cedro del Líbano. Plantados en la casa del Señor, en medio de sus patios darán flores. Aún en la vejez tendrán sus frutos, pues aún están verdes y dan brotes, para anunciar cuán justo es el Señor, que en mi roca no existe la maldad. (Sal 92:13-16)

Con afecto y respeto, nosotros los obispos –algunos de los que también somos de edad– nos dirigimos a ustedes que han entrado en la edad avanzada. Los invitamos a que reflexionen sobre quiénes son y cómo se relacionan con Dios y con los demás en esta etapa de su vida.

La declaración pastoral de los obispos católicos de Estados Unidos: *Llamados y Dotados para el Tercer Milenio*, emitida en 1995, presenta la vida espiritual en términos de cuatro llamadas específicas: a la santidad, a la comunidad, al servicio y a la madurez cristiana. Aquí nos enfocamos en cómo las personas mayores podrán experimentar y responder a estas llamadas, especialmente a la llamada a la santidad, que abarca a todas las otras y las dirige a la sabiduría.⁶ Esta sabiduría es una señal de madurez cristiana. Al hacer esto, nos basamos en nuestras propias experiencias pastorales así como en las reflexiones y visiones que personas de edad han compartido con nosotros.

El llamado a la santidad

Mientras todos somos llamados a la santidad, a "una unión más íntima con Cristo",⁷ los asuntos espirituales asumen con frecuencia una mayor importancia para las personas de edad. Muchos de ustedes tienen ahora el tiempo y el espacio para reflexionar más profundamente y actuar con una visión y fundamento moral más amplio. Para más y más personas mayores, la misa diaria es el centro de su vida espiritual y el punto de partida para ganar la compañía de muchos compañeros. Algunos son llamados a un tipo de oración conocida como oración contemplativa, en la cual las palabras dan paso a escuchar a Dios atenta y serenamente. El deterioro de los sentidos que puede ocurrir en la edad avanzada, y que con frecuencia se ve como algo sólo negativo, de hecho puede algunas veces fomentar la contemplación. Muchas personas de edad experimentan un renovado entusiasmo por aprender y buscan integrarse a grupos de estudio bíblico, a comunidades de base o a programas para formación en la fe del adulto.

Al envejecimiento también puede implicar una "crisis de sentido". En la edad avanzada

uno comienza a pensar en que si la vida de uno ha marcado alguna diferencia en la vida de alguien, –si ésta tiene sentido. Tal vez tengan reminiscencias o entren en una etapa de revisión de la vida. Recordarán los sucesos del pasado y las relaciones en su vida, reconociendo lo que es bueno y constructivo, y dejando a un lado los errores y las fallas. Dado que ustedes no pueden cambiar los sucesos del pasado, pueden pedirle a Dios que les ayude a cambiar sus actitudes y la percepción de ellos. Algunas de las fallas del pasado, ahora serán vistas como hechos de los cuales aprendieron. Posiblemente el lidiar con personas difíciles les ha enseñado a tener paciencia y a respetar los diferentes puntos de vista.

Revisar el pasado puede llevarlos a la acción en el presente. Descubrirán una necesidad de reconciliación: de buscar el perdón y extenderlo a otros. Los primeros en necesitar el perdón, son ustedes mismos. Descubrirán también que Dios tiene una nueva tarea para ustedes. Un talento esperando ser desarrollado, o una cualidad demasiado valiosa "para ser jubilada", pueden llevarlos a realizar actividades creativas y fructíferas.

Desafortunadamente, los cambios más grandes en la vida de edad avanzada a menudo incluyen pérdidas: del cónyuge o de un hijo adulto; de amigos, la casa, la salud, o la identidad profesional; y, finalmente, la propia vida. Ese despojo de tantas cosas tan queridas, es un proceso doloroso, que inclusive parece ser inexorable, especialmente en los años avanzados. Sin embargo, esto puede ser una preparación natural para la muerte – el último despojo de las cosas externas– y la vida eterna en el cielo.

Encarar la propia mortalidad significa reconocer que la muerte es parte de la vida. Cada una de las demás fases de la vida –niñez, adolescencia, juventud y madurez– se han vivido con la expectativa de la siguiente fase. La siguiente fase después de la vejez, no importa lo larga y rica que sea, es la vida eterna. Las personas de edad desarrollan un aprecio más profundo "porque la vida de los fieles [del Señor] cambia, no termina".⁸ La vejez es un tiempo en el que uno aprende a aceptar el último cambio en la vida, llamado muerte. Es la entrada a la unión plena con Dios y reunión con los seres queridos. Desde ese portal, Cristo los llama a unir sus sufrimiento y muerte a los de Él, de tal manera que estos aspectos sean redentores. Tienen un propósito. Como dice San Pablo, "Así completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo, para bien de su cuerpo, que es la Iglesia". (Col 1:24)

Aunque que la muerte es la última pérdida, también queremos decir una palabra sobre dos pérdidas particulares en la edad avanzada.

Primero, es probable que ustedes estén preocupados por la declinación y la pérdida eventual de su salud. Tienen miedo de llegar a depender de otros, tal vez de convertirse en una carga. Podrían preocuparse por no poder comunicar sus deseos sobre asuntos importantes tales como los sistemas de apoyo. Indicaciones hechas temprano ayudarán a sus seres queridos a conocer sus deseos. Es posible también que estén preocupados por la posibilidad de perder su casa o de no tener los medios económicos para sostenerse durante una enfermedad crónica o en caso de incapacidad. Para algunos, estos

sentimientos se convierten en algo sumamente abrumador hasta el punto que piden a otras personas que terminen con sus vidas.

Estas son preocupaciones serias en las que ustedes, los miembros de sus familias y amigos, y su comunidad de fe, deben trabajar seriamente para impedir que sucedan. Sobre este punto, sin embargo, queremos decirles esto: no hay nada malo con ser dependientes de otros; la interdependencia, no la dependencia, es un valor auténticamente evangélico. Desde el nacimiento hasta la muerte, nadie es verdaderamente independiente. Todos necesitamos de todos, unas veces más que otras. No tengan miedo de pedir o aceptar ayuda. Su dependencia puede ser una ocasión de gracia tanto para ustedes como para otros.

En segundo lugar, nos dirigimos a las personas que han enviudado:

Sufrimos con ustedes la pérdida de sus cónyuges. Incluso en medio de la familia y de los amigos, sienten un vacío que nunca se llenará plenamente. Se pueden enfrentar a emociones conflictivas que hasta incluyen la cólera hacia el ser amado que se ha perdido, hacia uno mismo o hacia Dios. Entendemos que el primer año es especialmente difícil, dado que los cumpleaños y aniversarios traen a la mente memorias agridulces. Gradualmente los días buenos serán más que los malos, pero este proceso de sanación toma tiempo y paciencia. Aunque la interacción social puede ser difícil, les urgimos a que permanezcan en contacto con su comunidad de fe. Muchas parroquias ofrecen grupos para los que están de duelo y otros grupos de apoyo para quienes han enviudado.

Muchos de ustedes nos han dicho que sobreponerse a su propio dolor es la cosa más difícil que han hecho. Hablan de darse cuenta de que si su propia vida continúa, Dios debe tener un plan y un propósito para ustedes. Ustedes sacan fuerza y rumbo de la oración, la Escritura y los sacramentos. Muchos encuentran un sentido renovado al acercarse a otras personas, especialmente a aquellos que han sufrido pérdidas similares. Tal vez estas palabras de uno de los Padres de la Iglesia los conforten:

Aquellos que amamos y perdimos, ya no están donde estaban antes.

Ahora están dondequiera que estamos nosotros.

—San Juan Crisóstomo

Creciendo en sabiduría

Creer en santidad significa lidiar con las pérdidas inevitables de la vida. Dicho de modo más positivo: el crecimiento en la santidad conduce a la sabiduría. Aunque muchas culturas guardan reverencia por la sabiduría de las personas de edad, la sabiduría no viene automáticamente con la edad. Las experiencias de toda una vida han sembrado las semillas, pero éstas deben cultivarse por la oración y reflexión sobre esas experiencias a la luz del Evangelio. Con la gracia de Dios, al ir madurando, uno alcanza la sabiduría: nos damos cuenta de que venimos de Dios y hacia Él vamos. O como dijo San Agustín, "Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón no descansará hasta que descansa en ti".

La persona de saber siempre está en crecimiento, siempre aprendiendo. La gente con sabiduría está siempre conectando el pasado con el futuro. Las personas de edad comparten sus historietas, y al hacerlo, transmiten a las generaciones futuras lo que han aprendido, por medio de las palabras y el ejemplo. Su sabiduría no muere con ellos, sino que guía y enriquece a las generaciones por venir.

El llamado a la comunidad

Las personas se santifican en comunidad. Para la mayoría de la gente, incluyendo las personas de edad, la comunidad primaria es la familia.

Ustedes se regocijan en unión con su círculo familiar: hijas e hijos, yernos y nueras, nietos, bisnietos y sobrinos. Transmiten a su familia la herencia cultural mediante los cuentos, celebraciones y rituales. Se preocupan por el divorcio de un hijo o por el contacto de uno de sus nietos con la violencia y los estupefacientes. Algunos de ustedes se encuentran en situaciones inesperadas, tales como cuidando a un miembro familiar de edad; y al otro lado del círculo de la vida, en la espera de un nieto. Con frecuencia sois un punto de estabilidad en medio del cambio, un ejemplo de firmeza en la fe, profundizada por las alegrías y dolores de cabeza de la vida familiar. Para muchos, estas son experiencias profundas del amor y cuidado de Dios.

Algunos de ustedes viven la alegría especial de ser abuelos. Liberados de las responsabilidades de ser padres día a día, ustedes dan a las familias jóvenes el regalo de una atención con tiempo y sin prisas. Con la experiencia de los años pueden seguir motivando a sus hijos para que desarrollen nuevas destrezas o talentos, y a tomar decisiones importantes en su vida. Como lo señaló el Papa Juan Pablo II, ustedes pueden "romper las barreras entre las generaciones antes de que se consoliden".⁹

Algunos de ustedes están aislados de los miembros de su familia. Puede que uno de ustedes sea de los últimos miembros del árbol genealógico de la familia. Es posible que los hijos adultos se hayan mudado de casa. Tal vez ustedes se han reubicado. Es posible que sus hermanos hayan fallecido. Después de muchos años de actividad familiar normal, pueden sentirse solos, incluso abandonados por aquellos a quienes más aman.

Muchas personas de edad regresan a las parroquias y a los grupos de base para encontrar la comunidad que necesitan. Como familia de familias, la parroquia conecta a las personas de edad con los demás y con otras generaciones. La parroquia provee alimento espiritual y sacramental así como oportunidades sociales y de servicio. Incluso aquí, sin embargo, algunas personas de edad podrían sentirse aisladas o excluidas. Si están limitados a estar en casa o en un centro de asistencia, los equipos parroquiales de visitas domiciliarias pueden mantenerlos conectados con la comunidad de fe. El personal y las personas que residen en tales centros, podrían convertirse en sus nuevas comunidades.

Algunos de sus compañeros se pueden sentir aislados por la falta de transporte para

participar en las actividades parroquiales. Tal vez alguien que conocen, sólo necesita una invitación personal, una reafirmación de que él o ella es necesario en la parroquia. Especialmente durante los tiempos de transición la gente necesita el apoyo de una comunidad que se interese por ellos, ya que podrían sentirse cohibidos para buscarla ellos mismos.

Si han recibido el regalo de una comunidad así, les pedimos que lo compartan con otras personas de edad. Por ejemplo, invítenlas a la misa dominical y si es posible, ofrézcanles transporte. Ofrézcanse para presentarlas en la siguiente reunión del grupo de tercera edad de la parroquia. Invítenlas a que ayuden a preparar sándwichs para uno de los comedores públicos del área. Busquen a otras personas, e incorpórenlas a una comunidad solícita.

Finalmente, la comunidad de fe puede ser suelo fértil en el cual florezcan amistades que den vida. Aquí se encuentran con mucha frecuencia hombres y mujeres que comparten sus valores y experiencias –gente que entiende las pérdidas y los temores especiales de las personas de edad, pero cuya fe los fortalece y los motiva a seguir adelante. Esas amistades, a menudo inesperadas, pueden alivianar las preocupaciones y multiplicar las alegrías de la vida de edad.

El llamado al servicio

Los hijos se han marchado del hogar y ustedes han celebrado su jubilación. Dado que la mayoría de los que trabajan se jubilan a la edad de 65 años, un jubilado puede esperar vivir quince o más años para ofrecerse como voluntario y participar en otras actividades.¹⁰ ¿Qué van a hacer ahora?

Pueden tener la tentación de ensimismarse, de enfocarse solamente en buscar y perseguir pasatiempos y actividades de placer como frutos muy merecidos de su trabajo. Pero también tienen la oportunidad de devolver algo de lo que recibieron, de hacer una contribución grande a su propia Iglesia y comunidad, y al hacerlo, enriquecerán su vida. Nosotros, los obispos, subrayamos esta declaración: las personas de edad tienen una responsabilidad, de acuerdo con su salud, habilidades y otras obligaciones, de asumir alguna forma de servicio a los demás.

Ustedes ya han dado un servicio generoso a los miembros de su familia y a otras personas. Ahora pueden continuar, y tal vez extender, el servicio para ayudar a responder a necesidades urgentes en la sociedad y en la Iglesia. Las posibilidades abundan, desde cosas sencillas como llevar algún vecino a ver al doctor, hasta servicios voluntarios más extensos en escuelas, museos, centros de salud, albergues comunitarios y distribución de alimentos. Su parroquia también tiene necesidades y los necesita para servir en el consejo parroquial de finanzas, para dirigir los grupos de estudio de la Biblia, para enseñar a los jóvenes, para visitar a miembros de la parroquia que viven en centros de cuidados para la salud y para consolar a los que están de duelo. También pueden invitar a los miembros jóvenes de su familia y de su parroquia a considerar la vocación al ministerio como sacerdotes, religiosas o ministros laicos. En algunos grupos étnicos, las personas de edad

juegan un papel importante en la motivación de los jóvenes para que entren a este servicio. Como lo expresa el Papa Juan Pablo II en su *Carta a los Ancianos*: "La Iglesia aún os necesita.... ¡El servicio al Evangelio no es una cuestión de edad!" (nos. 13, 7)

Incluso si se sienten débiles o están confinados a su hogar, su servicio a los demás puede continuar. Ahora tendrán el tiempo de admirar el dibujo de un niño o alabar una tarjeta de calificaciones escolares. Estarán disponibles para hablar más honestamente con los miembros de la familia o con amistades que estén pasando por situaciones delicadas. Podrían sentir el llamado a orar por las necesidades de su parroquia. O podrían rezar por sucesos que aparecen en los periódicos o que escuchan en las noticias. En última instancia, el ejemplo de la firmeza de su fe en medio del sufrimiento puede ser un regalo duradero para la familia y los amigos. ¿Qué persona joven, habiendo sido testigo de un padre, madre, abuelo o abuela que llega a su etapa final lleno de gracia, puede no ser atraído por la misma fe?

Los motivamos, y a todos nosotros también, a encontrar formas innovadoras en las cuales se puedan utilizar los dones y experiencia de las personas de edad. En lo que la Iglesia y la sociedad luchan con cuestiones morales difíciles (tales como los asuntos para finalizar la propia vida) y las preocupaciones de la vida política (tales como el cuidado de salud y seguro social), las voces de los católicos de edad que han estudiado y reflexionado en estas cuestiones necesitan ser escuchadas. Ustedes son sus mejores intercesores. El envío de cartas a los medios de comunicación social y a las autoridades electas, la expresión de su opinión en los foros comunitarios y el desarrollo de las bases para organizaciones de personas de la tercera edad, son algunas maneras en las cuales las personas de edad pueden marcar la diferencia.

También motivamos a que se incrementen las oportunidades para actividades intergeneracionales. Sirviendo de mentores a una persona joven es un buen ejemplo; y también en proyectos que combinan los talentos de varias generaciones. Como obispos, les advertimos que estamos en contra de una sociedad y una Iglesia que, inconscientemente, pone a los jóvenes en contra de los viejos. No creemos que los recursos sean tan limitados que los avances de un grupo sólo puedan hacerse a costa del otro grupo. Las actividades intergeneracionales pueden promover el aprecio de los dones de cada generación y disminuir la falta de entendimiento y conflicto entre las generaciones.

A los que prestan cuidados

Hijo, cuida de tu padre en su vejez y, mientras viva, no le causes tristeza (Sir 3:12).

El número de personas que están cuidando a parientes que necesitan ayuda está creciendo. Una encuesta realizada en 1996 manifestó que uno de cada cuatro hogares en los Estados Unidos cuida de una persona o de un adulto de edad avanzada. La vida de las personas de edad avanzada y de quienes las cuidan están entretejidas: lo que ayuda a una

ayuda a la otra. Ahora hablamos a los que prestan cuidados:

Algunos de ustedes han dedicado su vida a responder a este llamado. Les damos las gracias por realizar este servicio de amor. Con el crecimiento del número de personas de edad enfermas, acudiremos a ustedes para pedirles sus consejos en cómo cuidarlos con respeto y compasión y para ofrecerles nuestro apoyo en esa tarea.

Algunos de ustedes nunca esperaron encontrarse realizando esta función. Pueden sentir que no están preparados. También pueden sentir otras emociones: amor, preocupación, resentimiento y frustración. Esta mezcla de emociones es normal, ya que ustedes sienten las recompensas tanto como el estrés que conlleva la prestación de cuidados.

Algunos de ustedes también son personas de edad avanzada, cuidando de otra persona mayor –más comúnmente, su cónyuge. Algunos de ustedes están en situaciones muy difíciles, si su esposo o esposa está enfrentando un cáncer terminal, el mal de Alzheimer u otra enfermedad seria. Ustedes enfrentan sus propios temores e incertidumbres, sin embargo, el compromiso que se hicieron uno a otro hace cuarenta años o más permanece firme y probablemente se ha hecho más profundo. En un mundo escéptico donde los compromisos se hacen fácilmente y así de fácil se rompen, ustedes ofrecen un testimonio de fidelidad que es muy necesario y hermoso hoy día. Les damos las gracias por este testimonio y prometemos el apoyo de la Iglesia mientras ustedes continúan viviendo su compromiso.

Algunos de ustedes que son más jóvenes estarán cuidando a sus padres o a otros familiares. Cuidar a los padres puede ser especialmente doloroso: ustedes recuerdan su vitalidad anterior, y sienten un sentido de tristeza y pérdida, especialmente en la medida en que sus habilidades físicas y mentales se van deteriorando. Eventualmente ustedes necesitarán mover a sus padres a un asilo o a un lugar con las facilidades necesarias. Esta decisión puede ser difícil y a menudo produce sentimientos de culpa. En situaciones donde la salud y seguridad de los padres, o tal vez su propia salud, requieren un cambio en la manera de vida, les urgimos a que busquen ayuda inmediata con este asunto y descarten esta culpa injustificada. En vez de eso, enfóquense en mantener contacto regular con sus padres o con los parientes ancianos, por medio de visitas, llamadas telefónicas, tarjetas y cartas.

También reconocemos a aquellos que sirven a personas de edad avanzada en asilos católicos con cuidado a largo plazo, centros de asistencia como también otros tipos de residencias, hogares y cuidado comunitario. El llamado de ustedes es de santos. Algunos de ustedes son voluntarios en planteles que están bajo el patrocinio católico, y en otros que no los son, y sirven como ministros laicos, ministros de la eucaristía, suministrador de cuidados pastorales y visitantes amigos. No sólo llevan bendiciones; ustedes también son una bendición.

La Iglesia católica ofrece muchas residencias con cuidados para la salud, centros de asistencia y otros programas diurnos donde el cuidado compasivo y digno que se ofrece

da testimonio de su misión. Mediante planteles que dan servicios a largo plazo, la Iglesia cuida de los más débiles y vulnerables con programas especializados tales como cuidado para Alzheimer, control de dolor y cuidado de alivio. Los hombres y mujeres que reciben esos servicios pueden también disfrutar del consuelo de su fe católica en la misa y las celebraciones sacramentales.

Sabemos que los que prestan servicios necesitan cuidado también. La responsabilidad del cuidado de las personas de edad, puede ser física y emocionalmente agotadora. Algunos de ustedes cuidan simultáneamente a niños y a familiares de edad avanzada. Muchos de ustedes tienen trabajo; algunos de ustedes han tenido que ajustar sus horarios de trabajo. Las finanzas pueden ser una preocupación seria. Algunos de ustedes que son sacerdotes y religiosos también están lidiando con estas situaciones. Ustedes tienen el derecho a esperar apoyo de:

1. *Otros miembros de la familia.*

Por razones prácticas la responsabilidad del cuidado cae primariamente en una persona, pero otros miembros de la familia deben asumir su pleno derecho de compartirlo –por ejemplo, por medio de la contribución financiera y acordando descansos periódicos para la persona que presta cuidados. Esta es una cuestión de justicia, no de caridad.

2. *Su comunidad de fe.*

La parroquia tiene la obligación de proveer apoyo espiritual y otro tipo de apoyo para quienes cuidan a las personas de edad, por ejemplo, ayu